

Castidad y Fidelidad en el Noviazgo

por José Luis Soria

También en el noviazgo va desarrollándose la necesidad de vivir la fidelidad y muy especialmente la castidad como una preparación al matrimonio.

Aunque pueda resultar paradójico, tratándose de líneas que abren unas consideraciones sobre el noviazgo, hemos de comenzar reconociendo que no es posible hacer siquiera un resumen orgánico y medianamente completo del tema.

La riqueza de la actividad humana—las innumerables posibilidades de la libertad—y la variedad de circunstancias de edad, ambiente, formación, etc., son inabarcables y resulta vanidosamente estéril cualquier pretensión de encuadrar la acción dentro de un esquema. Cuando se olvida este hecho, se trazan unas líneas teóricas de acción, que tienen poco que ver con la verdadera realidad; o se da lugar a un planteamiento simplista y genérico y, por tanto, fácilmente ineficaz; o se crea un monstruo artificial, de miembros hipertrofiados, según los aspectos que han resultado más interesantes al autor o están más de moda: solo autonomía, solo lirismo, solo sexo, solo sociología, solo liturgia, solo política, etc., etc.

EI NOVIAZGO Y LA FIDELIDAD

Probablemente sorprenda un poco este título, siendo así que una característica del noviazgo es la posibilidad de cambio, la opción a rectificar una elección no acertada, por el procedimiento de romper las relaciones, aunque a veces ese sistema no sea sencillo ni llevadero. Tampoco se me escapa que el simple hecho de enunciar la palabra noviazgo, implica actualmente una toma de posición bien concreta, precisamente porque hay quien se resiste incluso a dar status propio al noviazgo mismo. Pero esta es precisamente otra razón para aclarar este punto bien a fondo.

Si lo que se rechaza del noviazgo es un conjunto de convencionalismos sociales pasados de moda, no habría nada que objetar, aunque sería oportuno examinar con cierta detención lo que se entiende por convencionalismos. Me explico perfectamente la resistencia íntima que algunos chicos pueden sentir a reconocerse en la palabra novios, por la carga formalista con que a sus ojos aparece ese nombre. Pero no es sensato pretender abolir lo que constituye la esencia del noviazgo, se le llame como se quiera la situación, la actitud interior, la conducta mutua—y en relación a terceros—de un hombre y una mujer, en el tiempo que precede a su posible matrimonio y con vistas precisamente a ese matrimonio. En este sentido, es evidente que no puede designarse con la palabra noviazgo cualquier enamoramiento adolescente o adulto, aunque revista ciertas características de estabilidad y exclusividad. Y por los mismos motivos, lo que se dirá a continuación no está dirigido al simple trato entre un chico y una chica, si bien pueda también aplicársele en algunos aspectos. Fundamentalmente, el noviazgo implica una intencionalidad hacia el futuro, que—por el sentido de responsabilidad que debe llevar implícito, por el compromiso más o menos expreso que encierra, y, por sus otros caracteres específicos—supera y trasciende la simple relación entre el boy-friend y la girl-friend.

Compromiso

Estamos hablando de intencionalidad hacia el futuro, y no en vano interesa resaltar precisamente el aspecto de fidelidad a un compromiso—sujeción libre a unos deberes—que se encierra en esa voluntaria atadura. Quizá por este hecho, tenga hoy tan pocas simpatías el noviazgo serio: pero advirtamos que quien vea el deber como una falta de libertad, quien no sepa renunciar a determinadas posibilidades por amor, quien -no quiera que nada ni nadie le coarte, quien no se decida a aceptar ese necesario condicionamiento, se descalifica automáticamente incluso para el matrimonio, que implica la definitividad del compromiso provisional y primerizo del noviazgo.

Entiéndase que no hablo necesariamente de un compromiso jurídico o formal, como es el de los antiguos esponsales o el de la llamada petición de mano. Me estoy refiriendo a un compromiso íntimo, quizá sin ninguna manifestación explícita, pero no por eso carente de fuerza. Es un compromiso-tendencia o, si se prefiere, una disponibilidad al compromiso comprometiéndose. Es una actitud compleja, porque ha de conciliar la definitividad con la prueba; la exclusividad en acto, con la apertura hacia otras posibilidades; la isla con la península; la provisionalidad, con la voluntariedad de una estabilidad probable, deseada y futura. Se trata, en fin, de conseguir un equilibrio que difícilmente puede existir, o aun concebirse, si falta amor y sentido de responsabilidad. Por eso es tan importante, aunque sea balbuciente. Limitarse a pasar el tiempo, no terminar nunca de decidirse, entender el noviazgo como un modo de entretenerse los domingos por la tarde, o echarse a ciegas y sin reflexión en el río de la primera posibilidad de matrimonio que se presenta, son otros tantos modos de equivocar el camino hacia la vida conyugal, con riesgo de arruinar toda la vida futura, también la eterna.

Por eso en este punto pueden hacerse residir bastantes catástrofes matrimoniales, a pesar de que hayan logrado posponerse algún tiempo, escondidas detrás de la festiva apariencia de las bodas o de la brillante facilidad de los primeros momentos: fallan, porque se han casado dos inmaduros, aunque a veces basta que sea inmaduro uno solo. No han crecido por dentro. No se han conocido. No se han entregado verdaderamente el uno al otro, aunque incluso puedan haber ofendido al Señor con intimidades ilícitas no es esa la entrega verdadera.

Estabilidad

"El matrimonio no es efecto de la casualidad o producto de la evolución de fuerzas naturales inconscientes" (Humanæ vitæ, número 8), ni en el plano que pudiéramos llamar filogenético ni en el plano ontogenético es decir, ni en cuanto al matrimonio como institución y al hombre como especie, ni en lo que atañe a este o a aquel matrimonio en concreto y a sus protagonistas. El amor conyugal "es un amor fiel y exclusivo hasta la muerte. Así lo conciben el esposo y la esposa el día en que asumen libremente y con plena conciencia el empeño del vínculo matrimonial" (Ibidem, n. 9), pero para llegar a esa madurez, se ha de aprender antes la lección en la escuela del noviazgo. Si en esos años previos se cultiva egoístamente una alergia a todo lo que signifique estabilidad, fidelidad a un compromiso, lazo noble, cierre de otras posibilidades porque se va abriendo lo gran puerto del amor humano limpio, entonces no será fácil secundar la gracia sacramental para vivir hasta la muerte la fidelidad conyugal.

Concedamos que el noviazgo reúne un determinado número de características que lo definen e identifican. Tengo derecho o pensar que un chico y una chica son novios si veo que encarnan todas, o la mayoría, o bastantes de esos caracteres distintivos. Lo mismo que tengo derecho a no admitir que sean novios, si carecen de alguna señal que sea fundamental, por ejemplo, la edad: nadie toma en serio los noviazgos entre críos de ocho años. Con parecido hilo de razonamiento, estimo que no

se puede considerar noviazgo autentico y bueno, el de quien se reserva el derecho de simultanear cariños—por llamarlos de alguna manera—, o de hacer pareja con quien guste y cuando le guste. Son aberraciones, en mayor o menor grado desde el trasnochado argumento del libertino—todavía no estamos casados— hasta los coqueteos vanidosos, por celos, por venganza o por sencilla y simple estupidez.

Si hay quien rechaza el noviazgo—hasta el mismo nombre, decíamos—, por lo que tiene de estabilidad o de institución exigente de nuevas responsabilidades (arcaísmos decimonónicos y tópicos aparte), rechaza una joya. Dan tanta pena esas parejas de jóvenes vagabundos, a veces desarraigados y sucios, que salpican aeropuertos y carreteras de medio mundo. No son novios ni probablemente quieren serlo son amantes en el sentido mas pobre de la palabra, compañeros de quita y pon, enamorados mientras dura, pobrecillos que dan y toman todo lo que pueden, sin la luz de una norma moral. Pero son también el paradigma de muchos otros chicos, que sin su aparatosidad de trashumantes, tampoco quieren o saben que la felicidad del amor humano exige fidelidad, sentido de responsabilidad, aceptación gustosa de las limitaciones que impone el hecho de ser hombres y no animales criaturas de Dios; mas todavía hijos de Dios.

EI NOVIAZGO Y LA CASTIDAD

Es evidente que el noviazgo no es sólo un tiempo que precede al matrimonio, sin que es sobre todo su preparación, su escuela, su premisa. En el noviazgo está la clave de tantas cosas, positivas y negativas, que condicionarán más tarde la vida matrimonial, en un sentido o en otro. Por lo que se refiere a la castidad también. Si un matrimonio limpio es en buena parte fruto de un limpio noviazgo, podríamos igualmente decir que a un noviazgo turbio suele suceder un matrimonio sucio.

Doctrina cristiana

Vivir castamente el noviazgo tiene una gran importancia, no sólo por la razón suprema de mantenerse en amistad con Dios, sino porque—aun humanamente las faltas o los pecados en esta materia tienen una proyección que va más allá de la inmediata. Hay que considerar esas cosas también en lo que tienen de síntoma, de actitud de fondo ante Dios primero, pero al mismo tiempo ante uno mismo, ante la persona del otro, ante el mundo. Las faltas de delicadeza, los atentados más o menos velados al pudor, las familiaridades enmalezcas o los pecados de lujuria que tengan lugar en el noviazgo, si no se corrigen y adquieren carta de naturaleza, se proyectan y multiplican en el matrimonio, de un modo absolutizador y desbordante

El noviazgo bien vivido constituye, en cambio, una garantía insospechadamente eficaz para el futuro. Es "una ocasión de ahondar en el afecto y en el conocimiento mutuo. Y como toda escuela de amor, ha de estar inspirado no por el afán de posesión, sino por el espíritu de entrega, de comprensión, de respeto, de delicadeza" (J. Escrivá de Balaguer, Conversaciones, Madrid, 1969, 3.. ed., n. 105).

Entender esa etapa frívolamente, a la ligera, como algo impuesto mostrencamente por la imposibilidad de contraer matrimonio en seguida, o verla como un medio oficioso de satisfacer la sensualidad mientras tanto, es equivocado y lleva a gravísimos errores, no solo morales.

No es este el lugar para exponer la teología moral en lo referente a la castidad, ni sus fundamentos. Entre tantas enseñanzas, rotundas y repetidas, de la Sagrada Escritura (cfr., p. e., Tob. 4,12 y 6,16 ss.; Eccli. 41, 17 y 20; 1 Thes. 4, 3-5; 1 Cor. 5, 9 y 6, 9-10), recordemos simplemente estas dos:

"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios". {Mt. 5, 8};" la fornicación y cualquier especie de impureza (...) ni se nombre entre vosotros, como corresponde a santos. Porque—tened esto bien entendido—ningún fornicador o impúdico o avaro, que viene a ser una idolatría, será heredero del reino de Cristo y de Dios. Que nadie os engañe con palabras vanas, pues por tales cosas descargo la ira de Dios sobre los incrédulos>(Eph. 5, 3-6).

Pero ante las afirmaciones de la Revelación—y ante todo lo que la Iglesia enseña en consecuencia—caben dos opuestas actitudes:

a) O se admite lo que la doctrina cristiana propone como norma moral, aunque se sea consciente de que no es fácil de vivir—por ejemplo, durante el noviazgo—, o no se sepa como llevarlo a la práctica en determinados casos.

b) O se rechaza en bloque esa doctrina, incluso cuando parece que solo se esta en desacuerdo con puntos concretos, tratando de reemplazarla—algunos dicen, mejorarla, ponerla al día—con otras reglas de comportamiento van desde las opiniones personales sobre aspectos aparentemente circunscritos, hasta los dogmatismos totalitarios y anárquicos de la revolución sexual.

Si se sostiene una opinión que en mayor o menor medida se reconozca en esta segunda actitud, lógicamente se discrepara de todo lo que diremos en adelante, pero con pena hemos de anticipar que en este ensayo no es posible tratar de entendernos no hay espacio ni siquiera para el prologo, para ponernos de acuerdo sobre el significado de algunos conceptos esenciales (amor, matrimonio, pecado, conciencia...), o para llegar a una plataforma de entendimiento sobre el sentido de la vida o sobre los postulados filosóficos más elementales.

Premisas fundamentales

Las consideraciones que siguen pueden ayudar, en cambio, a quien se reconozca en la primera actitud a que nos referíamos, por muchas y variadas que puedan ser sus dificultades, si hay la disposición de fondo que exige la fe y la buena voluntad de acatar el Magisterio de la Iglesia. Aun entonces es preciso fijar unas cuantas premisas:

1. La doctrina católica es la que—en nombre de Cristo y con la asistencia del espíritu Santo—enseñan el Papa, y los Obispos en comunicación con la Santa Sede, y forma un cuerpo unitario y sin contradicción a lo largo de los veinte siglos de cristianismo.

2. Las opiniones de un autor o de cien autores—se llamen o no se llamen teólogos—, lo mismo que los modos de conducta que se observen en la vida corriente aunque estén muy difundidos, no equivalen necesariamente a la doctrina católica ni tienen por que ser rectos y validos.

3. Mas aun son criterios equivocados, carecen de razón y enseñan un comportamiento objetivamente pecaminoso, si están en contradicción con la enseñanza de la iglesia. De hecho, uno de los mayores problemas con que debe enfrentarse la pastoral en estos temas es que los chicos aprenden a comportarse como novios según lo que ven hacer a otros novios, o según lo que les propone el cine o leen en las novelas. Y, por lo general, esos modelos de comportamiento no son cristianos, sino paganos; no reflejan el verdadero amor humano sino el afán de satisfacción sensual.

Con estas premisas—aunque con las reservas ya mencionadas antes—resultan automáticamente descalificados argumentos como "lo hacen todos"; "se ve siempre así en las películas"; "no estamos ya en el siglo XIX"; "lo he leído en un libro de un teólogo muy famoso"; "después del Concilio hay

autores que lo admiten"; "me han dicho que si", etc. En una palabra, se trata de los argumentos que apelan a motivos extrínsecos, de autoridad, modernidad, aggiornamento, para justificar actitudes contrarias a lo que es la norma moral cristiana.

Dificultades

Quedan no obstante en pie las dificultades que podríamos llamar intrínsecas, o sea, las que origina la misma vida de novios, a pesar de que los dos tengan buena voluntad para acomodar la propia conducta al amor de Dios. Sin pretensiones de ninguna sistematización, podríamos agrupar así estos obstáculos

I) La espontaneidad del cariño.

II) Los peligros de la ocasión.

III) Las concesiones ante la compasión o el chantaje.

1) La espontaneidad del cariño. Suele oírse que el corazón no admite convencionalismos y que—si el amor es sincero— todo lo demás cuenta poco. En ese contexto, se sigue afirmando que—siendo lo primero el cariño—las relaciones sexuales entre novios no tienen que esperar a ser legitimadas por lo que sería un mero compromiso social, jurídico, económico, etc.: el matrimonio contraído. Con esas premisas, serían lógicas y aun obligadas todas las manifestaciones de afecto entre novios, fueran cuales fueran sus modalidades.

Resulta patente que un planteamiento de ese estilo, que prescinde de toda referencia a Dios, a la ley moral o a la enseñanza de la Iglesia, está viciado de raíz y no puede ser aceptado por nadie que quiera seguir llamándose cristiano. La Revelación, a la que ya hemos hecho referencia, no puede ser ignorada o dejada de lado. Puntualicemos además dos ideas que atañen al tema:

a) No es lo mismo el amor que sus manifestaciones. Aun sin dejar de ser auténtico—más aun: acrisolándose en su genuinidad humana—, el cariño ha de acomodar sus modos de expresión a lo que exija la ley moral. No se trata de ir contra la espontaneidad—entendiendo esta palabra en su sentido más valioso, como opuesto a artificiosidad o a hipocresía—, sino de atribuirle el valor que le corresponde. En todos los campos y no solo en el del amor, lo espontáneo debe elevarse hasta transformarse en lo humano, para poder transfigurarse en lo divino, mediante la gracia de Dios. De hecho, la espontaneidad no solamente no es una regla de vida, sino que con frecuencia es una tendencia hacia un modo de conducta pecaminoso. Reacuérdense, por ejemplo, los siete pecados capitales: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia, pereza; en todos hay de ordinario un gran componente de espontaneidad, mayor o menor según el temperamento. Son cosas que fácilmente, tan fácilmente que aparecen también cuando no las quisiéramos, porque son las tendencias al mal, que el pecado original ha dejado en nuestra naturaleza.

Por eso la actividad humana no ha de guiarse por la espontaneidad sino por la ley moral, que enriquece y facilita el verdadero libre obrar. Lo que debe caracterizar nuestra vida no es el instinto—que es lo más espontáneo que mueve a la acción, por las raíces deterministas que posee (pura bioquímica) —, sino el amor y el deber, el sentido de responsabilidad, la obediencia libre a una norma ética.

De ahí que en el noviazgo no sea lícito identificar amor humano e intimidad sexual, aunque sean cosas relacionadas. Lo mismo que, para los ya esposos, puede y debe seguir existiendo el amor, aun cuando las relaciones conyugales—por los motivos que sean—estén impedidas. El amor, más allá de la atracción, de la satisfacción o de la instintividad, es una decisión moral.

En el fondo, si parece a veces plantearse un conflicto entre amor y castidad, es porque no se reflexiona sobre el significado del amor humano. Tiene valor, pero no es el suyo un valor absoluto: en su nombre no se justifican acciones que vayan contra el Amor, con mayúscula. Ni podría realmente llamarse amor lo que fuera causa de un grave daño espiritual: la muerte del alma, por el pecado grave, es la más terrible manifestación de desamor.

b) Fuera del legítimo matrimonio, es pecado mortal la búsqueda directa del placer sexual o la realización—total o parcial—de acciones que estén destinadas por su naturaleza, independientemente de la intención del hombre, a la transmisión de la vida. Y esto, aunque—por las razones que sean—se sepa que no llegara la concepción, y aunque la intención no sea ofender a Dios sino manifestar cariño. Hay una "inseparable conexión, que Dios ha querido y que el hombre no puede romper por propia iniciativa, entre los dos significados del acto conyugal el significado unitivo y el significado procreador" (*Humanae vitae*, n. 12).

No se puede querer un elemento impidiendo el otro, porque esta en juego algo muy profundo: la esencia de un acto, que trasciende todas las técnicas, todos los resultados y todas las intenciones. Un hombre es un hombre, aunque este dormido o loco o paralítico; el acto conyugal es algo que tiene sentido y licitud únicamente donde sus dos significados pueden desarrollarse plenamente: en el matrimonio. "Usar de este don divino destruyendo su significado y finalidad aunque solo sea parcialmente es contradecir la naturaleza del hombre y de la mujer, y sus más íntimas relaciones, y por lo mismo es contradecir también el plan de Dios y su voluntad" (*ibid.*) aunque no se le quisiera ofender.

"Queremos reiterar lo que siempre afirmo la Iglesia acerca de las relaciones sexuales prematrimoniales, sentidas hoy por muchos jóvenes como un preámbulo natural o aun conveniente del matrimonio que lo verdadera preparación matrimonial es la pureza, el respeto mutuo, el dominio esforzado sobre la natural impaciencia de la pasión, el afán nobilísimo de situar el centro de gravedad de la relación por encima de los sentidos. Solo puede entregarse el cuerpo cuando con el se entrega la vida entera en el compromiso indisoluble, social, sacramental del matrimonio. Solo entonces, dentro de esta comunidad definitiva de amor en la sociedad y en la Iglesia, es santa la entrega de los cuerpos antes, no puede ser sino una ambigua anticipación, abierta a los engaños, las amarguras y frustraciones que la experiencia muestra donde quiera que se ha resquebrajado el orden verdadero del amor cristiano" (*Matrimonio y Divorcio, Declaración del comisión permanente del Episcopado de Chile, 6-11-71, n. 51*).

De todos modos, aclarado ese punto, puede seguir flotando una duda: ¿hasta donde se puede llegar en las manifestaciones de afecto?

A grandes trazas, y sin entrar en casuísticas antipáticas, podríamos fijar unos criterios 1. No deben ser cosas que, en el fondo de la conciencia, tengan un timbre de lujuria, de bajeza, de egoísmo o de clandestinidad se puede llegar—suele decir Monseñor Escrivá de Balaguer cuando se refiere a este tema, en conversaciones con gente joven—hasta donde se llegaría en presencia de la propia madre. 2. Nunca deben suscitar directamente ninguna de las manifestaciones corporales que son propias de la intimidad conyugal 3. A la hora de la responsabilidad moral, no puede prescindirse de lo que pase en la conciencia del otro, porque los novios son dos. Una intención afectuosa, si es imprudente,

puede ser la causa de un pecado. 4. Siempre debe quedar tal limpia transparencia, que no se enfríe la vida de piedad sentida ni parezca haberse levantado un muro entre el alma y Dios.

II) Los peligros de la ocasión. Puestos a extremar las cosas, alguna podría pensar que en esta materia el mismo noviazgo es ya un peligro. Bajo cierto aspecto es verdad, pero no se puede cerrar ahí la discusión, porque en el fondo no se ha hecho más que recordar una verdad de Perogrullo que los novios son criaturas humanas.

Es cierto que el noviazgo lleva consigo una serie de circunstancias que podrían ser consideradas ocasión de pecado, en sentido moral: el cariño y la necesidad de manifestarlo; la oportunidad de estar juntos con frecuencia; la familiaridad, etc. Pero no es posible tratar de evitar esas cosas equivaldría a suprimir el noviazgo, con todas sus características.

Aun a riesgo de que el planteamiento parezca simplista, el problema práctico puede reducirse a pocos puntos bien concretos. Cuando hay un fondo de rectitud y de buena voluntad, muchas victorias y muchas derrotas espirituales dependen de que se hayan sabido evitar o no tres ocasiones peligrosas: la soledad, la oscuridad y el coche. Así de sencillo.

Claro que el noviazgo requiere momentos de intimidad, para cambiar impresiones y confidencias nobles, y para empezar a entrenarse en el nosotros y el mundo, pero intimidad no quiere decir soledad, absoluta o con cómplices alrededor. No se trata de entrar en detalles. Doy por sentado que los novios son lo suficientemente crecidos como para detectar por si mismos, con la ayuda de Dios y de su Ángel Custodio, cuando se presentan esas situaciones que ponen el alma en peligro inmediato. Si ellos no saben huir y así guardarse, no habrá nadie en la tierra que los guarde, porque la famosa carabina ya pasó a la historia, aunque siga figurando en el Diccionario de la Lengua.

III) Las concesiones ante la compasión o el chantaje. Sin necesidad de afrontar el fondo del problema, basta recordar que hay diferencias en el modo de ser masculino y femenino. Entre hombre y mujer se abre con frecuencia la laguna de la ignorancia o de la duda sobre la interioridad del otro, en su sentido más amplio. Cada uno sabe lo suyo, aunque sea con bastantes aproximaciones; y cada uno se ve obligado a fiarse, para saber lo que el otro vive, por lo que el otro dice. Luego, andando el tiempo y creciendo la experiencia, no hará falta hablar, y no será fácil disimular la realidad. Pero en el noviazgo todavía no se ha llegado a ese punto, y no han perdido eficacia las palabras mentirosas.

No necesariamente, pero en este aspecto la chica suele ser la engañada, si es ingenua y no esta atenta. Un clima de opinión bastante extendido puede contribuir a hacerle creer que el mandamiento de la pureza tiene distinta vigencia para el hombre y para la mujer; y si, además, ha tenido que bajar aprisa y corriendo de las nubes rosas del romanticismo, lo que no conseguiría una tentación descarada lo consigue la compasión, o el respeto humano, o el miedo de parecer anticuada. Digamos sólo que ha de reaccionar con prontitud, para no dar ocasión a la pasión, y con fortaleza.

Hay momentos, incluso, en los que se impone el romper, si no hacerlo llevaría necesariamente a ofender a Dios o si se exigen pruebas de la autenticidad del cariño —pecados graves—, como condición para continuar las relaciones. "Quien ama al padre o a la madre mas que a mi, no es digno de mi, y quien ama al hijo o a la hija mas que a mi, no es digno de mi (Mt. 10, 37-38).

A MODO DE RESUMEN

Advertíamos al principio que no era posible abarcar todo el tema del noviazgo en el ámbito de este artículo. Diremos ahora que si existe la manera de hacer un resumen de toda la actitud de los interesados: el noviazgo no se puede vivir cristianamente, si no se vive cristianamente fuera y al margen del noviazgo. Es ilusorio pensar en unas recetas espirituales delimitadas y específicas.

La receta esta en lo de siempre: la vida de oración, la frecuencia de sacramentos, la mortificación habitual, el afán por cumplir siempre y en todo la voluntad de Dios—aunque haya fallos y caídas—, la devoción filial a la Virgen, y tantas otras cosas, indispensables en la vida cristiana. No son un lujo ni asuntos para uso libre de quien les tenga afición. Quizá a veces pueden pasar meses y aun años sin que se note el estado de desnutrición espiritual del alma que prescinde de esos medios sobrenaturales, pero hay momentos en los que la debilidad de la vida del espíritu aparece con toda su trágica agudeza de ordinario, cuando se ha de hacer frente a nuevas dificultades o a situaciones más complejas que las habituales. Es el caso del noviazgo, como será luego el caso del matrimonio o—todavía mas adelante—la paternidad y la educación de los hijos.

Tratemos sinceramente de amar a Dios sobre todas las cosas, de mantenernos en su presencia, como los enamorados dirigen continuamente su pensamiento a la persona que aman, y todas nuestras acciones—aun las más pequeñas—se llenaran de eficacia espiritual. Por eso, cuando un cristiano se mete por este camino del trato ininterrumpido con el Señor—y es un camino para todos, no una senda para privilegiados—, la vida interior crece, segura y firme; y se afianza en el hombre esa lucha, amable y exigente a la vez, por realizar hasta el fondo la voluntad de Dios" (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, Madrid 1973, n. 119).